

De la guerra

El viaje por Europa se ha convertido en una amarga empresa. Es cierto que los medios de transporte son más rápidos y seguros que antaño. Apenas cabe la posibilidad de accidentes y mucho menos la eventualidad de un asalto de bandoleros. Y no obstante, viajar se ha vuelto desconfortante. Se tropieza con controles puntillosos de aduaneros, con visitaciones exasperantes de policías, con carros blindados que atraviesan los caminos. Yo he encontrado comandos militares inspeccionando los más pacíficos bosques y, un día, quise observar los rastros que seguía mi perro en el camino y di con la huella de un tanque acorazado. Cuando viajamos en avión ya nos hacemos la idea de que en la entrada y salida de los aeropuertos caminaremos siempre encañonados, lo mismo que si fuéramos peligrosos delincuentes. Pero la violencia no sólo recorre Europa en sus caminos y en sus bosques, otrora moradas pacíficas. Ella forma parte hoy de las conversaciones cotidianas, de las discusiones políticas y del monólogo sempiterno de los medios llamados de comunicación. Los países más adelantados de Europa sólo hablan de instrumentos de exterminio que hubieran espantado a los héroes mitológicos más sanguinarios, se experimentan armas poderosas que matan sin hacer daño, sin dejar huellas de sangre y, sobre todo, sin romper ni siquiera un vaso.

¡Viajad, pues, por Europa, y no encontraréis sosiego! Y por eso yo, en mi viaje, me detuve en la pequeña ciudad de Basilea. Pues al menos es una ciudad pacífica. Está atravesada por tres fronteras que la dividen en tres nacionalidades y tiene, por eso, algo de tierra de nadie. Antes de la primera guerra mundial fue sede de una importante asamblea pacifista de socialistas, y antes de la segunda acogió a unos pocos exilados. Hoy esta ciudad saluda al viajero desde lo alto de su catedral (de arenisca) roja, y le acoge apaciblemente en los bancos esparcidos a la orilla del Rhin.

Pero en el Kunstmuseum de esta ciudad, el viajero encuentra además resarcimiento a esta vida tan poco pacífica que atraviesa Europa en estos malos tiempos. Se trata de una obra plástica del artista, igualmente ligado a esta ciudad, Tinguely. La obra versa sobre la guerra y luce el nombre de Hannibal II. Es un recuerdo del gran guerrero y una portentosa exhibición de la máquina imperecedera de la guerra. Su constitución es compleja.

Un zócalo de madera de prodigiosas dimensiones sostiene dos raíles. Sobre ellos se deslizan dos conjuntos maquínicos de gran envergadura y espantoso movimiento. Uno de estos dispositivos consta de un enorme cañón que se desplaza amenazadoramente hacia adelante y hacia arriba, al tiempo que otro cañón menor secunda sus bombardeos con un tiro rápido e histérico. Todo se mueve, desliza y balancea con ruido estrepitoso de mil legiones. Al tiempo que los dos cañones y las pesadas maquinarias de sus

ruedas se desplazan rotativamente y arrojan sus fuegos, una enorme masa negra, parecida a una gran coraza, jadea con un acompasamiento lento e implacable.

A todo esto, otro grupo de engranajes muy minuciosamente encajados impelen un aparato bélico menor en sus dimensiones, pero todavía más agresivo. Se trata de unas ruedas que con ruido crispante agitan por los aires una enorme espada desenvainada. La espada se desliza sin cesar entre unas masas de hierro que trata de cortar con una constancia maníaca, como si quisiera segar cuellos imaginarios.

El espectador de tan monstruosa maquinaria no tiene más que colocarse en el extremo delantero de la horrible obra plástica. Así lo hice, y sentí a cada paso el escalofrío de una muerte cierta. El gran cañón se avalanzaba sobre mí con gesto majestuoso pero aniquilador, al tiempo que el cañón pequeño me disparaba nerviosamente, y la espada silbaba por los aires a mi costado. El estrépito del movimiento convierte la contemplación estética de esta creación en un verdadero tormento. Pero no todo acaba aquí. Por si fuera poco, uno de los múltiples brazos de este artilugio nefasto blande en el aire pesadas cadenas. Son el símbolo de la esclavitud que impondrá la guerra. Pero al mismo tiempo, otorgan a este artefacto un carácter fantasmagórico que llena el cuerpo de espanto.

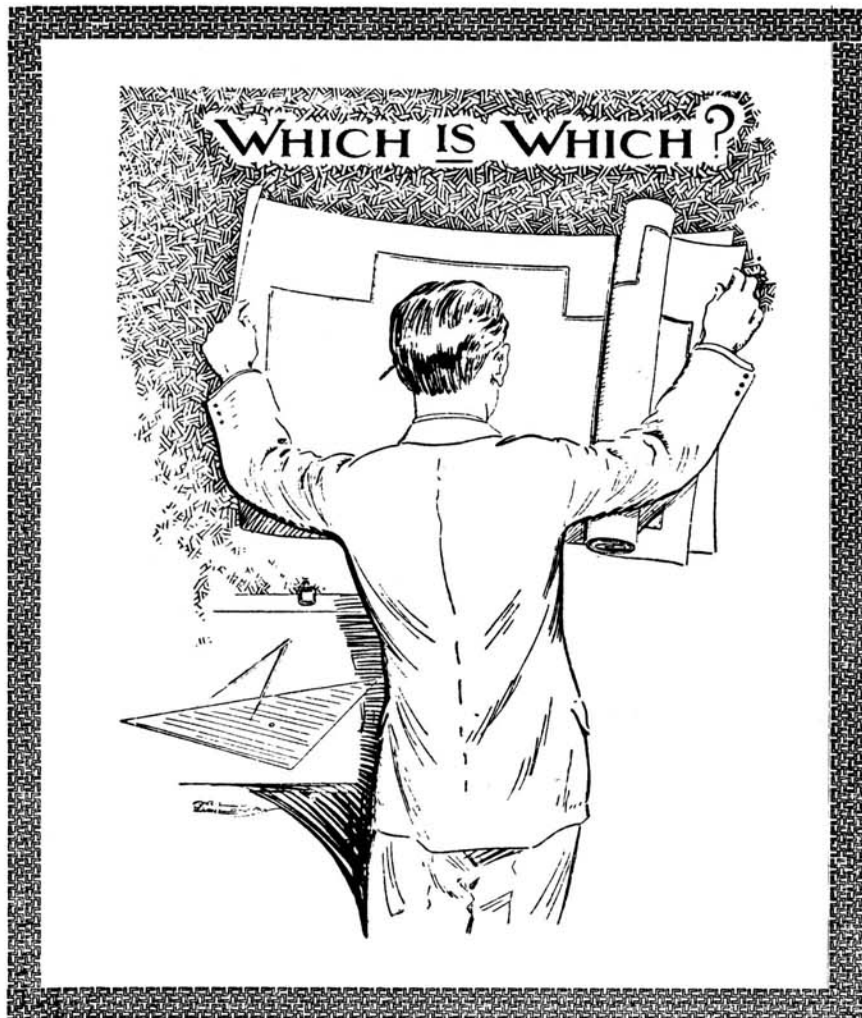
Sin embargo, pasadas unas horas de contemplación, la tramoya infernal de este aparato —en realidad una modernización

tecnológicamente avanzada de los elefantes del conocido Aníbal, pero dotada ahora de un poder destructivo mucho más progresivo- se revela como una danza absurda. El espectador acaba descubriendo su intrínseca necesidad. Es cierto que la máquina guerrera hace mucho estruendo y mucho ruido; y es inconfundible su gesto mortífero. Pero al fin, una vez urdidas las terroríficas maniobras, la máquina de guerra no puede hacer otra cosa que retirarse. Las cadenas regresan, los cañones vuelven a sus puestos, las ruedas se paralizan y se detiene la espada. La destrucción, por mucho que avance, encuentra un límite. Luego regresa. Y todo su aparatoso movimiento resulta vano.

De la guerra es también el título de una obra, clásica para nosotros, de Clausewitz, famosa además por una frase insípida según la cual la guerra es la continuación de otra cosa pero con medios distintos. Pero todo es la continuación de algo por otros medios, y el libro de Clausewitz no es tan importante por esta frasecilla, cuanto por haber mostrado lúcidamente la continuidad indefinida de la guerra. En este sentido, la escultura móvil de Tinguely puede considerarse como un anti-Clausewitz. Lo mismo que aquel gran libro, nos encontramos aquí con un aparato infernal; lo mismo que el gran estratega, esta máquina de guerra nos muestra que la guerra no tiene fin: es un discurso indefinido, un movimiento perpetuo. Pero Tinguely nos dice algo más.

Entre provocaciones y sonrisas, el eterno ir y venir de Hannibal II, sus infatigables amenazas, ataques, destrucciones y retiradas, que definen tanto la guerra como el proceso de nuestra cultura, nos muestran hasta la saciedad su necesidad y su absurdo. No es mucho lo que con ello se consigue. Un poco de respiro. Un consuelo para artistas.

Eduardo Subirats



CARRER DE LA CIUTAT

Director:
Beatriz Colomina.

Redacción:
Xavier Blanquer, Luis Burillo,
Beatriz Colomina, Enric Granell, José Manuel Pérez Latorre, Helio Piñón, Francesco Prosperetti, José Quetglas, Txatxo Sabater.

Fotografía:
CB fotógrafos, Rosellón 218,
Barcelona.

Administración, suscripciones y publicidad:
Ediciones del Cotal, Praga 50,
Barcelona - 24.

Distribución para Cataluña y Baleares:
Distribuciones Prólogo,
Mascaró 35 Bjos.,
Barcelona - 32.

Distribución para el resto de España:
Praxis Libros, San Francisco
de Sales 32, Madrid - 3.

Impresión:
Gráficas Pareja, Montaña 16,
Barcelona - 26.

Dep. Legal: B-985-1978

Carrer de la Ciutat nº6

Josep Muntañola,
La arquitectura en Théleme.

Pere Hereu,
De Aníbal Alvarez a Elias Rogent: teoría de la arquitectura.

Erik Satie,
Inventario.

José M. Torres Nadal,
Los paquebotes de la razón.

José Quetglas,
El miedo a Coderch.

Helio Piñón,
El mito de la autonomía y la esperanza disciplinar.

Antonio Marco,
Shúsef, maestro de arquitectura soviética.